

La Semana Santa se celebró siempre en Avila con fervida piedad y emocionantes ceremonias.

REPORTAJES ABULENSES

La Semana Santa en Avila

La celebración de la Semana Santa en Avila data de época tan remota que se pierde en la noche de los tiempos, y podríamos decir que sin duda alguna la instituyó San Segundo cuando regía la diócesis de Avila.

De tiempos remotos existen pocos datos. De los siglos XV y XVI hay crónicas que nos hablan del esplendor con que se celebraban las fiestas conmemorativas de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo en esta población que siempre se ha distinguido por su catolicismo.

No cabe duda que los que más se distinguieron en la celebración de estos actos fueron la nobleza de Avila y los gremios de trabajadores que estaban diseminados por los distintos barrios de Avila, con ayuda de los regidores, alcaides y demás clases sociales.

Existía establecida en la Catedral a últimos del siglo XV una hermandad que se titulaba del Prendimiento.

A ella, a semejanza de las disueltas órdenes militares, solo podían pertenecer los nobles de Avila y sus familias; habían de ser en primer término católicos fervientes, y no habían de tener mancha alguna en su árbol genealógico ni en su escudo de armas. Habían de comprometerse a efectuar cuantos trabajos se les ordenase por la corporación, y si se escusaban deberían pagar una fuerte suma.

El domingo de Pasión se reunía en sesión esta asociación en la Catedral, bajándose del altar mayor de la misma el cuadro de la Oración del Huerto, que fué pintado por Santos Cruz, para ponerle en la presidencia de la junta.

En esta reunión se verificaba un sorteo quedando fuera del mismo los nobles a quienes hubiese correspondido el menester, a que más tarde he de referirme, en los dos años anteriores.

Los designados, que eran cuatro, salían del templo catedralicio



MAGNIFICO PASO DE LA ULTIMA CENA, QUE SE ENCONTRABA EN LA CATEDRAL DE MADRID, Y QUE HA SIDO CEDIDO A LA DE AVILA

na Mayor, y el sobrante a los pobres, con el fin de que no quedase remanente alguno para el año siguiente.

Por su parte los gremios de obreros rivalizaban en adornar los Pasos para las procesiones; los carpinteros (de la Cruz a cuestras) habían de reparar las andas etc.; los de la Carda y el Peine (San Juan y la Verónica) se ocupaban de las pelucas de las imágenes, los hortelanos (Oración del Huerto) adorno de los Pasos, etcétera, y así todos ellos.

La orden militar de Santiago, fundada en la parroquia de este nombre, donde habrían de cum-

LA ULTIMA CENA

Triste estaba el Amor... Ya su carrera mortal al fin tocaba, y en su acecho velaba un pueblo, ebrio de despecho, con sed de sangre, cual hambrienta fiera.

El Sol Divino, a cuyo aliento fuera la Nación Escogida campo estrecho, iba a extender las llamas de su pecho, llamas de vida, por la tierra entera.

Siente el bramido que su sangre pide... Siente a su par de la traición el hielo... No importa. Su designio, no lo impide

la maldad, aunque el pecho le desangre. ¡Lo manda el corazón! ¡Lo quiere el cielo...! ¡Sí. «Tomad y bebed; esta es mi Sangre!»

EL BESO DE JUDAS

Reptil inmundo, que en el cáliz puro de Flor Divina vierte su veneno, el Traidor, en un beso de odio lleno, vierte las hieles de su pecho duro.

Los Angeles de Paz, desde el seguro celeste, lloran... Y el Amor, sereno, su rostro ofrece al hediondo cieno que encierra el beso del Traidor perjuro.

¿En qué piensas, Señor? ¿No haces que airado caiga sobre él de tu justicia el peso? ¡No! ¡No sabes Tú odiar...! Y ante el malvado

sólo brota en tu pecho compasivo la humilde queja: «¡Judás! ¿Con un beso vas a entregar al Hijo de Dios Vivo?»

LA CAIDA

Dos soles entre oscuros nubarrones, dos pétalos de lirio entre zarzales, son Jesús, tus pupilas celestiales entre el torvo mirar de los sayones.

¡Alza, Señor! No quieras que a empujones te hagan rodar por tierra esos chacales; y cierra de tu sangre los raudales... ¡Que ya la verterás a borbotones!

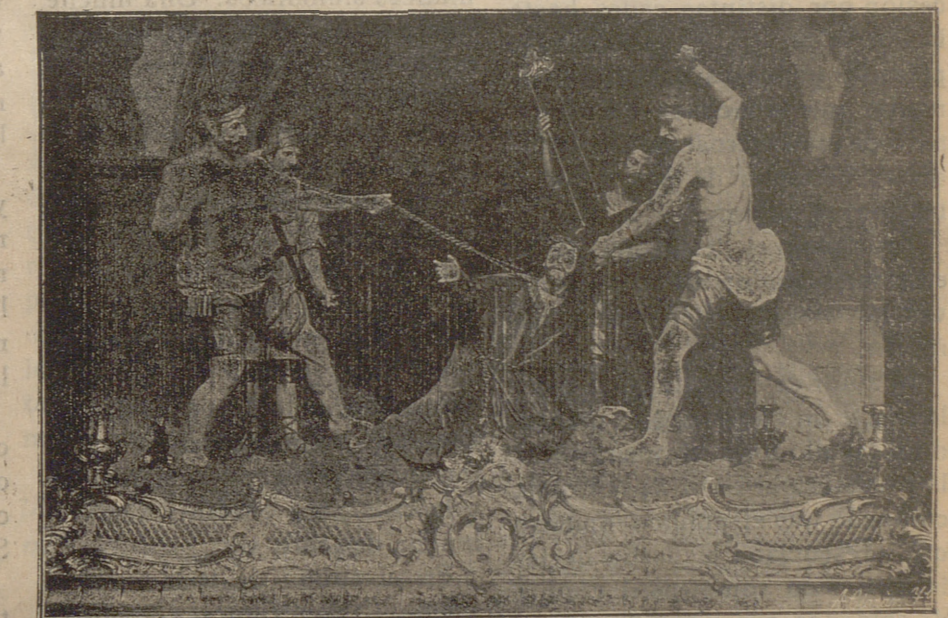
¡Alza, Señor: Con poderoso brío carga tus hombros con la cruz pesada, y sube hasta la cumbre de la muerte...!

Y que al verte surgir, el hombre impío vea que tu poder no teme nada... ¡¡Que sólo es el amor quien rinde al Fuerte!!

T. García Robledo

en oración largas horas hasta la celebración de los oficios en la citada iglesia, siendo precepto estatuido que todos los cofrades comulgasen aquel día, en conmemoración de la fundación del Sacramento.

Por su parte Vera-Cruz, antes de depositar el Crucifijo en la Catedral para la solemne procesión, iba con él a la Cárcel, al igual que hacía cuando un reo era condenado a muerte por el Tribunal; en el vestíbulo cantaban una letrilla pe-



LA CAIDA, COPIA SEGUN SE DICE, DE SALSILLO, QUE SE PUEDE ADMIRAR EN LA CATEDRAL ABULENSE

LA CRUZ Y SUS FRUTOS

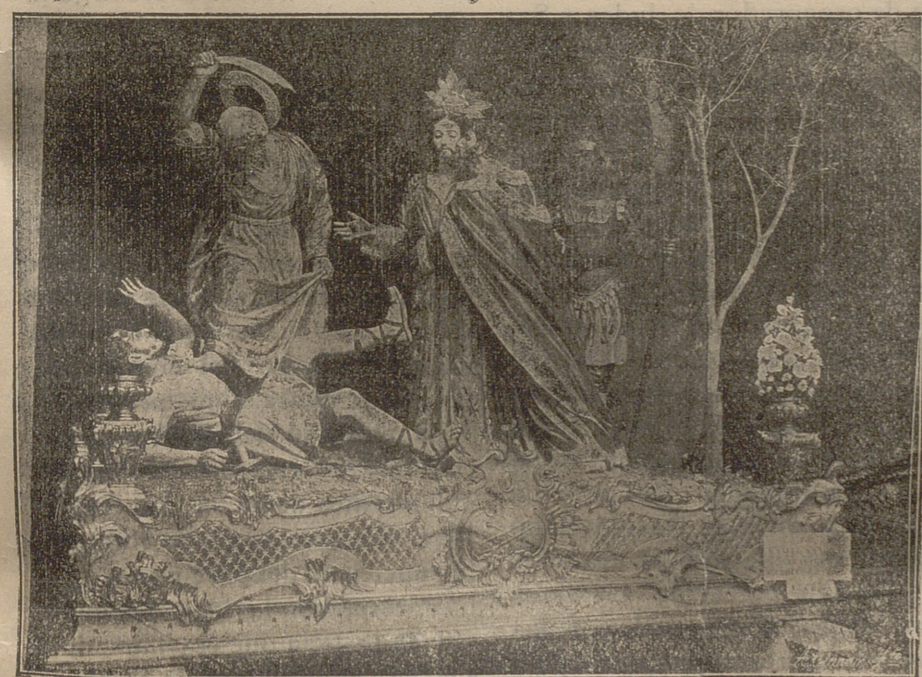
El día eternamente alegre y eternamente lloroso en que el Hijo de Dios, hecho hombre, fué puesto en una Cruz, todas las cosas a la vez entraron en orden, y en ese orden divino la Cruz se levantó sobre todas las cosas creadas. De ellas, unas manifestaban la bondad de Dios, otras su misericordia, otras su justicia: sólo la Cruz fué el símbolo de su amor y la prenda de su gracia. Por ella confesaron los confesores, y fueron castas las vírgenes, y vivieron vida angélica los padres del yermo, y fueron los mártires testigos firmes que pusieron sus vidas al cuchillo con varonil y contentísimo semblante.

Del sacrificio de la Cruz procedieron aquellas portentosas energías con que los flacos asombraron a los fuertes, con que los proscritos y desalmados subieron al Capitolio, con que unos pobres pescadores vencieron al mundo.

Por la Cruz alcanzan victoria todos los que vencen, y esfuerzo todos los que combaten, y misericordia todos los que la piden, y amparo todos los desamparados, y alegría todos los tristes, y consuelo todos los que lloran.

Desde que se levantó la Cruz en los aires no hay hombre ninguno que no pueda vivir en el Cielo, aún antes de dejar en la tierra sus mortales despojos; porque si aún vive aquí por la tribulación, está ya allí por la esperanza.

DONOSO CORTÉS



EL PRENDIMIENTO, PASO DE SEMANA SANTA QUE FIGURABA EN LA PROCESION DE LA CAPITAL DE ESPAÑA, Y QUE HA SIDO TRASLADADO A NUESTRA POBLACION

el Domingo de Ramos, después de la procesión de las Palmas, vestidos de Nazarenos, llevando sendas cruces y con los pies descalzos, precedidos de dos armados con lanza, y dirigiéndose en primer término al domicilio del corregidor, implorando una limosna para la celebración de la Semana Santa. Después marchaban a las casas de los alcaides y a las de los hermanos del Prendimiento, y por último a los pudientes. Si el día no daba tiempo suficiente para ello, podría habilitarse el Lunes Santo para continuar esta labor. De manos de los postulantes recibía el Obispo la recaudación que había de distribuir en sufragar los gastos de la Sema-

plir arresto los caballeros que cometiesen faltas punibles, también colaboraba prestando su asistencia a todos los cultos, formando en las filas de las procesiones con el hábito de tales caballeros.

La tarde del Miércoles Santo era de gran ajeteo en la población; raro era el vecino que no tenía algún menester que desempeñar; unos la colocación de los Monumentos; otros la limpieza de armaduras; otros el adorno sencillo de ventanas para el paso de la procesión, y así todos.

En la madrugada del Jueves, la Cofradía de la Oración del Huerto, establecida en San Nicolás, salía al campo del Soto cantando el Miserere, permaneciendo

Los tres "Pasos" donados a la Catedral de Avila en la procesión madrileña de Viernes Santo.

Las procesiones del "Santo Entierro," y del "Silencio" en la capital de España

Los "pasos," donados a la Catedral de Avila

Dónde estaban, procesión en que figuraban y orden de ésta

Quien espere que de mi pluma ha de salir algo nuevo respecto a los pasos que galantemente han sido cedidos a la Catedral de Avila se engaña, pues solo pretendo reseñar modestamente la procesión en la que hasta hace poco figuraban estas bellas imágenes, con otras de que después hablaré.

Era en la tarde del Viernes Santo cuando la Villa de Madrid organizaba su procesión de Semana Santa. Las tropas de la guarnición, en traje de gran gala y con armas a la funerals, cubrían la carrera que había de recorrer la piadosa comitiva. Los dos pasos de la Catedral con el Cabildo esperaban la salida de la procesión a la puerta de la iglesia de San Ginés, al igual que el Prendimiento, que se hallaba en San Millán, y otros pasos no menos notables de otras iglesias.

En la de San Ginés se organizaba la procesión, marchando en primer término los Pasos de la Cena y el Prendimiento, seguía después la imagen conocida por el nombre de Jesús de Medinaceli, la Cruz a cuestas, la Caída, la Elevación y el Sepulcro. A cada uno de los Pasos daba guardia un piquete de soldados con un sargento. Seguían después representaciones del clero madrileño, autoridades, etcétera, cerrando la marcha una compañía de infantería con bandera enlutada y banda de música.

Al llegar la comitiva a la Plaza de la Armería se incorporaban a ella el Crucifijo, denominado Cristo de los alabarderos, y la Dolorosa, cuyos pasos eran escoltados por los mismos alabarderos. Durante la parada la banda de alabarderos ejecutaba una marcha fúnebre, siguiendo después la procesión por distintas calles hasta la Puerta del Sol. En esta popular plaza las imágenes quedaban formadas ante la fachada del Ministerio de la Gobernación, desfilar en columna de honor todas las fuerzas militares.

Terminado el desfile los Pasos eran reintegrados a sus respectivas iglesias disolviéndose la comitiva.

Al autor de estas líneas le cupo la suerte un año de seguir montado a caballo todo el itinerario de la procesión al Paso de la Caída, cuidando que el público inmenso que presenciaba el desfile de las imágenes no rompiera el cordón de soldados que prestaban servicio píe a tierra.

Por eso ha sufrido gran emoción al ver que precisamente ese paso ha venido a nuestra población para figurar en las procesiones de Semana Santa.

LUCIO RISCO.



SAN PEDRO NIEGA A CRISTO EN CASA DE PILATOS. (CUADRO DE CARAVAGGIO QUE SE CONSERVA EN EL VATICANO)

Impresiones de la última procesión de Viernes Santo

Es la tarde de Viernes Santo de 1930. Madrid tiene un aspecto particular con las calles repletas de una multitud que se mueve en medio de un devoto silencio engendrado por la carencia casi absoluta de tráfico paralizado como no es usual durante el resto del año en la populosa urbe. De todos los balcones por donde ha de pasar la procesión del sepulcro penden colgaduras de los colores nacionales; en otros os tonos blanco y azul lucen gallardamente sus matices simbólicos. Una muchedumbre compacta con trajes domingueros espera el paso de la procesión. Es gente de todas las clases sociales, pero entre ellas predomina el elemento obrero

Ante la Catedral, en la Plaza de la Armería, en la Puerta del Sol, y en la calle Mayor, es donde se agolpa más ingentemente la multitud. Allí no se puede dar un paso; todos pugnan por ocupar el sitio más visible. Los guardias encargados de mantener el orden, tienen que realizar sobrehumanos esfuerzos para contener a la avalancha de gente.

En el ánimo de todos está el miedo. Corren rumores de que va a haber disturbios provocados por los agentes del orden. Pero a pesar de eso la masa se ha lanzado a la calle deseosa de exteriorizar su fe. Hay algunas carreras en las calles más céntricas que no consiguen apagar ese entusiasmo. La tranquilidad vuelve. El público

se agrupa en las aceras, contenido por fuerzas de Infantería. A lo lejos suena un clarín; poco después una banda de trompetas de caballería lanza al aire sus sonoras notas. La gente se eleva sobre las puntas de los pies para poder ver mejor. Los hombres se descubren respetuosamente, abre paso un escuadrón de guardias municipales vestidos de gran gala, relucientes cascos empenachados y deslumbrantes petos, manoplas blancas almidonadas y uniforme azul. Después la vistosa indumentaria de la tropa cuyos soldados desfilaron simétricamente por cortados de un pliego de cromos: todos son iguales. A continuación vienen los pasos conducidos unos a hombros y otros por tracción mecánica. La multitud se arrodilla y reza una plegaria.

De los balcones vuelan aleluyas y flores. El momento es emocionante. Las bandas ejecutan piezas majestuosas que al juntarse con las oraciones son una plegaria mas dirigida al Salvador. Cierran la marcha tropas de caballería.

La multitud se retira en silencio, unos hacia sus hogares y otros, los más, a la Iglesia más cercana a escuchar el sermón de Soledad.

Las Iglesias están tristes; y, entre penumbras, la imagen de una Madre enlutada que llora la muerte de su Hijo.

Once de la noche... calles de la Flor, Gran Vía, Puerta del Sol, Alcalá... ellas vuelven a recoger a todo Madrid

El ambiente es muy otro que el de por la tarde. Hay más tristeza, más desolación. Puede decirse que todos se han dado cuenta de lo evocador del instante.

De la Iglesia de los Padres Jesuitas sale la procesión del Silencio. «Los Caballeros del Pilar», congregación de aristócratas, en unión de los «Kotshas» y de los «Luises», acompañan vestidos con toscas túnicas de percalina negra, rematadas en un capirote y con largas colas, a la Cruz y a la Virgen de la Soledad. De su cintura cuelga un cordón de esparto y en la mano llevan una vela. Tienen prohibido hablar y durante el camino rezan el rosario. Su paso es presenciado sin esa curiosidad admirativa que la procesión del Sepulcro, pero con más fervor, con más recogimiento. En el ambiente moderno de las calles madrileñas ofrece un emotivo contraste el desfile de los nazarenos, que aumenta al oír en el cruce de las calles de Alcalá y Peligros una saeta que rasga el aire:

La Virgen de las Angustias la Virgen de las Angustias tiene el corazón herido de ver a su hijo del alma en el sepulcro metido. El redoble de los tambores desatemplados acompaña los lamentos del canto, ajustándose con extraña armonía el bronco sonido de las cajas y la dulzura quejumbrosa de la estrofa exhalada por un pecho femenino. Una voz viril surca el espacio:

Le azotaron los esbirros le azotaron los esbirros en la Cruz se le clavó y su sangre derramaron porque Judas le vendió. Aún los no católicos caen de rodillas. Un latigazo de emoción sacude a la multitud. Todos sienten deseos de seguir la procesión, de rezar, de exteriorizar de algún modo su fe.

El último año que se celebró la Semana Santa en Madrid el pueblo exteriorizó de una manera rotunda su profunda fe y lo arraigado de sus sentimientos. Poco después seguía otros rumbos completamente distintos. La Iglesia de la Flor era pasto de las llamas... con ella se perdían la Cruz y la Soledad que prometían ser una tradi-

PILATOS

Su nombre era Lucio Poncio. «Pilatos» era un apodo, según costumbre de los romanos. Marco Tulio se llamó «Cicerón», por la característica verruga o «cicero» que traía montada en su nariz. Pilatos se llamó así del latín *pilum* o *pila* «lanza» o «pica», arma propia de los caballeros romanos.

El cargo oficial que ocupaba era el de «procurador», lugarteniente de los Césares en la provincia de la Palestina, gobernador con atribuciones de virrey, con amplio poder militar, administrativo y judicial en lo civil. La judicatura eclesiástica la ejercía el Sanedrín, tribunal de los altos dignatarios de la Judea.

Era en extremo delicado el oficio de procurador de Judea y Samaria, por el carácter profundamente tradicional del pueblo judío. El amor a sus instituciones milenarias, el celo de su religión, el orgullo de su historia, la conciencia de sus destinos, hicieron que el pueblo judío, en medio de sus prevaricaciones y hasta en el punto de su máximo envilecimiento, sintiera odio profundo a todo elemento extranjero. Las águilas romanas eran para el buen judío el símbolo de una religión idolátrica y de un poder que no podía entroncar con el de David y su familia. Los cuatro procuradores que habían precedido a Pilatos tuvieron que ahogar en sangre las revueltas protestatarias de un pueblo que, al ver el emblema de un pueblo extraño en los edificios públicos, se sentía humillado en lo más vivo y caro: en el sentimiento religioso y patrio.

Pilatos, quinto de los procuradores romanos en Judea, no fue

Las procesiones ya no han vuelto a salir en estos últimos años. Varios pasos, con muy buen criterio, han sido donados a esta Ciudad de Avila.

Nos da pena pensar cómo van desapareciendo de Madrid todas las tradiciones, todos sus encantos. Y mientras esa misma multitud que antes aclamaba a Jesús, ahora le vilipendia, nosotros «lloramos como mujeres lo que no hemos sabido defender como hombres.»

LABOP

A Jesucristo en la Cruz

Hoy, para rondar la puerta de nuestro santo Costado, Señor, un alma ha llegado, de amores de un muerto, muerta, Asomad el Corazón, Cristo, a esa dulce ventana oiréis de mi voz humana una divina canción.

Si decís que está velando cuando Vos estáis durmiendo, ¿quién duda que estáis oyendo a quien os canta llorando?

Y aunque él se duerma, Señor, el amor vive despierto; que no es el amor el muerto, Vos sois el muerto de amor.

Que si la lanza, mi Dios, el Corazón pudo herir, no pudo el amor morir, que es tan vida como Vos.

LOPE DE VEGA.

más afortunado. Ni quiso serlo. De temperamento violento, favorito de Tiberio, encarnación del orgullo romano ante los pueblos débiles, Pilatos vejó a los judíos en mil formas, hasta el punto de que se le debió denunciar al gobierno imperial. Era, dice Agripa escribiendo a Calígula, «inflexible de carácter y duro con arrogancia»; reprochale «lacorrupción, las violencias, la rapiña, las vejaciones, las continuas ejecuciones sin juicio previo, crueldades sin nombre e insupportables». Con todo, su carácter normal de violencia sufría interrupciones de irresolución y debilidad, lo que ocasionó más de una vez la derrota de su autoridad.

En la escena evangélica del «Ecce Homo», descrita por San Juan, Pilatos aparece como es: astuto, duro, sanguinario, poniendo, aunque parezca paradoja, estas perversas cualidades, al servicio de la justicia, que reconocía de corazón en el acusado.

Con todo, hay que hacer justicia a la memoria de quien no supo ni quiso administrarla. Pilatos, de carácter recio, que cien veces había humillado el orgullo nacional de los judíos, romano de pura cepa y miembro de una familia que había dado al Imperio nombres famosos, como lo era la gens Pontia, sucumbió en el duro pleito que con los sinedritas y el pueblo sostuvo el primer viernes Santo, como una tímida mujerzuela. Y sucumbió porque en el fondo de su conciencia, no supo deshacer el argumento *ad hominem* que le hicieron los príncipes de los sacerdotes: «Eres representante del César: si no matas a ese hombre, no eres amigo del emperador, porque se dice a sí mismo rey.»

La majestad del nombre imperial que en aquellos momentos culminantes de lucha con el pueblo debía con sus rayos iluminar la conciencia del procurador y robustecerla con la idea del poder y de la justicia que era llamado a ejercer y administrar, no hizo más que ofuscarla y oprimirla a la simple sospecha de que pudiese perder sus favores.

Pasión villana la de la ambición: pasión ruin la del miedo, que a veces de aquella nace: pasiones ambas de tinieblas, que desvían al hombre de la ruta de luz y le precipitan por todo despeñadero de la vida.

Pilatos cede, por fin. Resistió cuanto pudo, desde su punto de vista: no resistió cuanto debía, porque no se abroqueló con la justicia; sólo se escondió detrás del honor y el provecho de su cargo. Cuando vio que este se tambaleaba salió del escondrijo y se entregó a la injusticia que le requería.

Y «se lo entregó para que lo crucificasen», dice lacónicamente San Juan.

I. G.

CALZADOS MARTÍN

(Antes el Pelicano)

Inmenso surtido en calzados de fantasía para la próxima temporada.

PRECIO FIJO

Zendreras, 12 y 14

La Sábana Santa de Turin

En los días en que se conmemoran hechos tan sublimes como el de la Redención del género humano las personas sinceramente católicas llegan a lo que podríamos llamar la saturación de espiritualidad. La materia pierde todos sus derechos y en la meditación sobre el cruento sacrificio del que todo lo podía elevar en alas del amor a las esferas inefables transporta al cristiano a las regiones místicas en que los suspiros de agradecimiento al Salvador se mezclan con las lágrimas de dolor por el Crucificado.

Más el hombre es un compuesto de espíritu y materia y al hacerle así no ha querido Dios que pudiera prescindir de ninguno de éstos componentes. Por eso, al par que el espíritu se extasia en las escenas que la imaginación evoca, buscan los ojos materiales alguna representación palpable de esas escenas en que fijarse y prenderse.

Si se concede inmenso valor al retrato o al recuerdo de un ser querido a quien se conoció y con el que se convivió ¿cómo no se ha de procurar con afán la presencia de una imagen o de una reliquia?

Por eso en los momentos en que se conmemora la Pasión y muerte del Señor se vuelven los ojos instintivamente hacia la Cruz y se aprestan a adorar alguna reliquia de aquéllos hechos los que tienen la fortuna de poder contemplarla.

No son escasas estas reliquias; pero entre ellas ninguna de tanto valor, ni tan inestimable como la conocida por «la Sábana Santa de Turin». Cristo nos dejó al morir el divino alimento espiritual, pan de ángeles, de su cuerpo en la Eucaristía y nos dejó también de su Humanidad Divina, una reliquia incomparable, trazo y recuerdo de su santísimo cuerpo: la «Sábana Santa de Turin» que viene a ser como una fotografía augusta de su cuerpo divino la cual nos legó de modo maravilloso, como la santa taz de la piadosa Verónica, el Divino Redentor del humano linaje.

Y se llama de Turin, sede de la antigua Monarquía de Saboya, porque, precisamente por pertenecer a esa raza de reyes y transmitirse, como joya inestimable de su tesoro, superior a todas por su valor espiritual, de heredero en heredero a través de los tiempos, allí se guarda tan extraordinaria reliquia del Redentor del Mundo, de que hablan ya los peregrinos de los primeros siglos como sudario sepulcral de Cristo Crucificado, en poder de los Emperadores de Bizancio.

Traída de Oriente como trofeo de guerra por Godofredo I, conde de Champagne y gobernador de Picardía, al regresar de la Cruzada del 1346, hizo ofrenda con toda la solemnidad que merecía el sudario sagrado a la Abadía de Lirey para que la expusiera a la veneración de los fieles; y entregada por su importancia a la casa de Saboya, para salvarla de los azares de la guerra, se creyó prudente llevarla a Francia para que no fuera de nuevo perdida como botín, hasta que consolidada la paz, fué trasladada definitivamente a Turin.

Julio Clovio, discípulo de Rafael, pintó una bellísima miniatura que es una de las más meritorias preciosidades de la Pinacoteca Rea de Turin; representa en su parte inferior la forma del lienzo, y el modo como el sagrado cuerpo de Cristo Crucificado fué envuelto en él como sudario, mientras en la superior tres ángeles tienen desplegada la Santa Sábana en la cual la doble impronta del Santo Cuerpo es claramente visible.

Construída para guardarla expuesta en una urna preciosa que se alza en su centro—una iglesia magnífica adosada a la Catedral de Turin junto al Real Palacio, se expone o exhibe a la veneración de los fieles la Sábana Santa



EL CUERPO DE JESÚS RECIBE SÉPULTURA, TRASPORTADO DESDE EL CALVARIO, POR JOSÉ DE ARIMATEA Y NICODEMUS (CUADRO DE CARAVAGGIO. PINACOTECA VATICANA)

PENSAMIENTOS

¡Padre mío, si posible es pase de mi este Cáliz!

¡Sublime exclamación la de Jesús cuando oraba en el Huerto de los olivos! El era Dios y le parecía imposible poder sufrir aquella pasión que cual triste visión de tormento se dibujaba ante sus ojos. ¡Cómo va a ser posible a los católicos padecer tanta persecución de que se les ha hecho objeto desde la fundación de la Iglesia! pero El mismo nos enseña a sufrir las adversidades con las siguientes palabras:

¡No se haga mi voluntad sino la vuestra!

No se haga todo a los deseos de los hombres sino al de Dios, que cuando nos envía los padecimientos, sobrada razón tendrá para ello. La impiedad, la idolatría y el pecado, hicieron necesaria la venida, pasión y muerte del Redentor para salvar al género humano; la falta de creencias, las blasfe-

Otras muchas ceremonias a cual mas emotivas y conmovedoras se celebraron aquéllos días con motivo de la adoración de la Sábana Santa. Y fueron momentos de emoción inenarrable aquéllos en que el místico, dulcísimo, Cardenal Schuste, Arzobispo de Milán, a la presencia de los Príncipes Reales y su corte, ante varios prelados, rodeado el altar de cuarenta nuevos diáconos, prostrados a sus pies los Caballeros y Damas de la Orden como legión ilustre con la frente abatida en el polvo ante la única grandeza verdadera, la grandeza de Dios; ante el altar esplendente de oro y de luz con la Santa Sábana como re-

tblógicos que no entienden estas palabras del Divino Redentor. Pretenden que todo el bien les sea dado por arte de encantamiento sin aportar ellos su granito de arena, sin pensar que la verdad ha sido es y será combatida. Cristo mismo dijo que «su Iglesia sería perseguida más no vencida»; por lo tanto somos nosotros, los miembros de la Iglesia militante, los que hemos de defenderla hasta la muerte, lo mismo que Jesús murió por nosotros.

¡Vuelve tu espada a la vaina, pues quien con espada mata, con espada debe morir!

Magnífica enseñanza la que nos da Jesús en estas palabras que dirigió a San Pedro. Los cristianos no debemos descender al plano de los enemigos de la Iglesia; tenemos otros fines más altos que cumplir, y no es dado apelar a los medios violentos y ruines que ellos emplean; nuestra obligación será hacerles comprender su error, pero nunca hacer uso de medidas violentas semejantes a las suyas.

¡Ahora pudiera pedir a mi padre doce legiones de ángeles, pero está escrita la pasión y muerte del Hijo del Hombre y han de cumplirse las profecías!

Por desgracia hay muchos ca-

tblado agosto; mientras se desgranaban majestuosos, o tiernísimos resonando bajo las bóvedas del grandioso templo rebosante de fieles los admirables cantos de los coros del Instituto Barolo, bajo la batuta de Dom Grosso, el salesiano maestro, dijo piadosamente la misa recibiendo luego Caballeros y Damas de sus unguadas manos la Sagrada Forma tras plática suavísima acerca de la restauración de las cosas en Cristo.

¡Sábana Santa de Turin! ¡Restauración de las cosas en Cristo! ¡Qué recuerdo y qué profecía más esperanzadora en estos días de Semana Santa y de sectarismo!

¡Antes que el gallo cante me negarás tres veces!

Cuántos que se llaman católicos niegan sus creencias en el momento en que el vendaval de la impiedad sopla desde la poltrona del laicismo. No se atreven a confesar sus sentimientos católicos, el temor de una simple reprimenda les hace darse de baja en las asociaciones católicas a que pertenecen. Son católicos tibios que, como los apóstoles, siguen a Cristo de lejos, sin atreverse a defenderle; dejan a la Iglesia sola, en su amargura, como aquellos cobardes discípulos abandonaron a la Virgen sumergida en la inmensidad de su dolor. Y cuando se les pregunta por alguien, como a San Pedro, si son discípulos de Jesús Nazareno lo niegan rotundamente. Pero el príncipe de los Apóstoles lloró amargamente su culpa, y estos no se preocupan de que tienen un alma que salvar.

Hasta que no descendáis al nivel del pobre y estudiéis bien sus necesidades y... os compadezcáis de ellos, no habréis redimido al mundo obrero. Y hasta que no le prediquéis a ese mundo proletario el amor mutuo. el amor fraterno, no habréis llevado a ese mundo del trabajo la verdadera paz. ¡Humildad y caridad cristianas! He ahí las dos armas de combate que debéis y debemos esgrimir todos. Así venció Cristo. Así venceremos todos.

LAMENTATOR



El lavatorio de Jueves Santo y los Socialistas y Comunistas

Economistas sin Dios, que pensáis salvar al pueblo con vuestras teorías, venid al Cenáculo a aprender cuál es el verdadero fundamento de la felicidad de los pueblos.

Jesucristo, el Salvador de los hombres, compasivo Padre y Médico sapientísimo, vino a curar las ulceradas llagas de la humanidad doliente, procedentes de aquella honda raíz de *desobediencia*, manifestada ya en sus primeros albores, y que han puesto en evidencia y han desarrollado nuestro orgullo y amor propio.

Por eso desde la cuna al sepulcro, todos los ejemplos y doctrina de Jesucristo se fundan en la *humildad*. Nace en un *pesebre* y muere en una *cruc*. Hasta los treinta años vive *oculto*, y después durante los tres años últimos se *manifiesta* sencillo, humilde. Y a sus discípulos no deja de inculcarles la *humildad*: «El que entre vosotros, dice, pretenda ser el mayor, hágase el menor».

Y al ausentarse de este mundo teme este amante Padre que sus hijos se olviden de estas enseñanzas; quiere inculcarles y gravar profundamente en su corazón estos preceptos de *humildad*. ¿Y qué hace? Se levanta de la mesa después de Cena, quítase sus vestidos, se ciñe una toalla, echa agua en un lebrillo, y pónese a lavar los pies de los discípulos y a limpiarlos con la toalla, que se había ceñido. ¡Un Dios de Majestad no se desdén de lavar los pies de sus discípulos, y de rebajarse con tanta humildad hasta el suelo ante unos pobres pescadores!

Pedro se extraña y exclama: «¡Señor! ¿Vos a mí lavarme los pies? Jamás, Señor, jamás consentiré yo que Vos me lavéis los pies.» ¿Y sabéis lo que el Señor le contesta? «Pedro, le dice, lo que yo hago, tu no lo entiendes ahora; lo entenderás después.»

Ahora Pedro no había recibido el Espíritu-Santo; por eso no sabía, no podía medir el hondo significado de aquella humillación de su Maestro y Señor. Después, ya iluminado por ese Espíritu divino, sabría que ese ejemplo de humildad del Salvador le serviría a Pedro, y a los demás Apóstoles y conquistadores de almas, de maravilloso medio e instrumento para atraerse secuaces y amantes de ese Señor que se humilló tanto y tantas veces y de tantos modos.

Y aquí es donde yo quiero llamar a los socialistas y economistas sin Dios, y también a los comunistas para decirles que al no pensar, como no piensan ellos, en este fundamento de la humildad cuando pretenden salvar al pueblo, van mal, están equivocados. Porque quieren la *igualdad*, pero estando ellos *sobre todos los demás*. Quieren que haya compasión y bienestar para los afligidos y menesterosos, pero sin que ellos hagan ningún sacrificio, sin que a ellos les falte nada, sin querer privarse de sus bailes, cafés, teatros, automoviles de lujo, etc.

Mas esto no puede ser. *La igualdad* de muchos de esos socialistas y comunistas es la *soberbia* que los corroe de no poder estar sobre los demás. Y así cuando algunos lo logran se desdén de tratar con los infelices. ¡Cuántos casos así se dan hoy en España!

Pues... nó, socialistas y comunistas; habéis de empezar lavando los pies de vuestros hermanos, los obreros, con servicios de humildad y amor para con ellos. Ahí tenéis a Cristo, a su Iglesia dándoos ejemplo en eso. Fijarse bien en que digo «a Cristo y a su Iglesia». Porque pueden darse entre los que se dicen discípulos de Cristo e hijos de la Iglesia casos parecidos a los vuestros; es decir, pueden darse *titulados cristianos* que también se desdén de hablar con el humilde y débil, y de tratar con los infelices. Pero esos no son ni Cristo, ni su Iglesia.

Hasta que no descendáis al nivel del pobre y estudiéis bien sus necesidades y... os compadezcáis de ellos, no habréis redimido al mundo obrero. Y hasta que no le prediquéis a ese mundo proletario el amor mutuo. el amor fraterno, no habréis llevado a ese mundo del trabajo la verdadera paz.

¡Humildad y caridad cristianas! He ahí las dos armas de combate que debéis y debemos esgrimir todos. Así venció Cristo. Así venceremos todos.

J. JIMÉNEZ Y JIMÉNEZ.



Yemas de Santa Teresa

LAS RELIQUIAS DE LA PASION

Las reliquias que se conservan de la Pasión, se veneran en muy diversos puntos de la Cristiandad. En la Basílica de San Juan de Letrán, de Roma, se venera la mesa de la Cena en que Jesús instituyó el Sacramento de la Eucaristía. Uno de los platos que en la Santa Cena se emplearon pertenece a la Catedral de Génova. El cáliz de que el Divino Maestro se sirvió en aquella, se conserva en la Catedral de Valencia. El Cenáculo se conservaba hasta hace poco en poder de los turcos. Recientemente ha sido rescatado. Tres de los dineros que recibió Judas por vender a Jesús, están en la Catedral de Génova y uno en la Basílica de Santa Cruz de Jerusalén, en Roma. El huerto de Jeteamani donde oró Cristo, se encuentra bajo la custodia de los Franciscanos en Jerusalén. En el monasterio de El Escorial se veneran varios trozos de la cuerda con que fue atado Jesús. Otra parte de esta reliquia se encuentra en la Catedral de Anagni, en Italia. La Escala santa, compuesta de veintitres gradas, está en Roma. La columna de la flagelación se venera, mutilada, en Roma, y algunos fragmentos distribuidos en Jerusalén en la capilla de los Franciscanos, en la iglesia de San Marcos de Venecia y en el templo de El Escorial. Los azotes se veneran en la Catedral de Anagni y en la iglesia de Santa María «In Via lata» en Roma. La corona de espinas pertenece a Notre Dame de París; pero sin espinas, las cuales han sido distribuidas por toda la cristiandad, conservándose varias en Roma. En España son varios los templos enriquecidos con tan preciosas reliquias: hay once en El Escorial, una en Alcalá, dos en Monserrat, dos en Tárrega y varias en Barcelona y Oviedo. Las columnas de los improperios se conservan en la iglesia del Santo Sepulcro, en Jerusalén. Las tres imágenes de la Santa Faz que, según la tradición quedaron impresas en el velo de la Verónica, se veneran en la Basílica de San Marcos de Venecia y en la Catedral de Jaén. En Jerusalén vense todavía res-

La Crucifixión de Nuestro Señor Jesucristo

Y habiendo llegado al lugar llamado Calvario, allí le crucificaron. Con estas palabras describe el evangelista San Lucas la escena más horrorosa de la Pasión de Jesucristo: la Crucifixión. Los primeros lectores de los evangelios por hallarse tan cercanos a los acontecimientos, no necesitaron de más pormenores para comprender toda la crueldad que revela la expresión evangélica; sin embargo, nosotros, que estamos separados de la tragedia del Calvario por veinte siglos de distancia, hemos menester de otras particularidades sobre el paso sangriento para darnos cuenta de los dolores que el buen Jesús Nazareno sufrió por nosotros. Afortunadamente los escritores contemporáneos del Señor, sean gentiles, judíos o cristianos, juntamente con la tradición y la arqueología sagrada, nos suministran noticias muy interesantes acerca de la Crucifixión de Nuestro Señor Jesucristo. Para que el estudio de este paso, el más culminante de la Pasión, resulte completo, cuando cabe en un artículo periodístico trataremos por separado de estas tres cosas: la Cruz, la Crucifixión y los Clavos. La Cruz.—La cruz, santificada y ennoblecida por el contacto del cuerpo sacrosanto de Jesús, ha perdido entre los cristianos, todo el horror e ignominia que inspiraba antiguamente su sólo recuerdo. «El nombre de la cruz, escribe Cicerón, debe estar lejos de nosotros». Como instrumento de suplicio, la cruz revistió diversas formas en el curso de los tiempos. Primitivamente fué un simple poste el que se ataba o empalaba al ajusticiado. Por su remate puntiagudo, llaméase el infame leño, *Cruz aguda* (Cruz acuta). Corriendo los años y aumentando la crueldad de los hombres, al palo vertical mencionado se le añadió un travesaño, llamado patibulo u horca, que según la forma en que se colocaba, dió nombre a las diversas clases de cruces que conocemos. Al principio el palo transversal se fijó al poste de modo que formaba con él una X mayúscula. Esta cruz recibió el nombre de *Cruz decusata* (Cruz decusata) y después, de *San Andrés* por haber muerto en ella el apóstol de este nombre. Más tarde el patibulo u horca se clavó recto al tronco primitivo, pero sin que éste sobresaliese nada, viniendo a constituir una *thau*, T, mayúscula. Su nombre es el de *Cruz comisa* (Cruz comissa), o de San Antonio. La tercera forma de cruz es la *inmisa* (Cruz immissa) conocida vulgarmente por *Cruz latina*; y la cual resultaba, cuando el travesaño cortaba al poste, de manera que éste sobresaliese algún tanto por encima. En algunos monumentos, y así lo aseguran explícitamente algunos Padres, véase en medio de la cruz un saliente hacia adelante, a fin de que el reo, que quedaba en él a horcajadas, pudiese sostenerse sin el desgarramiento de las manos. A este sedil aluden los Padres cuando dicen que el ajusti-

LLAMAMIENTO A LOS JUDÍOS

La publicación norteamericana «N. C. W. C. News Steets», ha dado a conocer un llamamiento que Miss Rosalie-Marie Levy, persona conocidísima por sus escritos en el mundo literario, y que fué convertida del judaísmo al catolicismo en Washington el 14 de Agosto de 1912, ha dirigido al empujar el «Año Santo» a sus compatriotas y hermanos en la raza. El documento dice así: «El 24 de Diciembre de 1932, el Papa Pío XI, Jefe de la Iglesia Cristiana Católica, ha proclamado un Año Santo para conmemorar el décimo nono centenario de la Pasión y muerte de Cristo. ¡Qué momento tan oportuno para que vosotros, hermanos míos los judíos de todo el mundo, reflexionéis un momento y estudiéis sin apasionamiento la vida y la figura de aquel hermano nuestro, Jesús de Nazaret! Nosotros debíamos de estar orgullosos de que fuera un hombre de nuestra raza el que ha tenido una resonancia tal en todo el mundo, como ningún otro personaje histórico. Jamás nadie ha intervenido tanto en el pensamiento humano. Leed sus discursos, examinad el llamado sermón del Monte, expuesto junto a nuestra pequeña aldea de Cafarnaím, y veréis que nadie ha dicho a los hombres cosas ni tan sabias ni tan oportunas. Es una pena pensar que los más reacios en aceptar su doctrina y su personalidad sean sus hermanos y compatriotas, que conocen los vaticinios de nuestros profetas y los recuerdan en sus reuniones sabatinas de las sinagogas de todo

favor de esta excepción tráense como testigos el Evangelio apócrifo de Nicodemus, (del siglo IV), el respeto de los judíos a la virtud de la modestia, varias revelaciones privadas y el paño o lienzo que se venera en Aquisgrán. Los clavos.—La costumbre moderna de representar al Crucificado con tres clavos, pugna con la tradición antigua, y hasta con el sentido común. Los Padres, en efecto nunca hacen mención de que hubiera sido taladrado un pie sobre otro con un sólo clavo, al contrario, siempre nombran dos para los pies, o hablan de modo que dejan suponer que fueron cuatro los clavos que sostuvieron al Señor en la Cruz. En este sentido se expresan San Ambrosio, Rufino Teodoro y San Gregorio Turonense, al hablar de los clavos que Santa Elena halló juntamente con la Cruz. San Cipriano recuerda explícitamente los dos clavos de los pies, cuando dice: «Los clavos que perforaron los pies» del Señor. El arte cristiano hasta el siglo XIII es constante en representar a Jesús sujeto a la cruz con cuatro clavos. Los dos crucifijos más antiguos que se conocen y conservan, uno en el Museo británico y otro en la Iglesia de Santa Sabina, de Roma, representan a Cristo sostenido con cuatro clavos. Lo contrario hubiera sido casi imposible y más sin que se rompiesen algunos huesecillos, contra la profecía que dice: «No le quebrantaréis ningún hueso». Para que este artículo no resulte del todo profano, terminaremos con la consideración de las dos notas inherentes al suplicio de cruz: la infamia y el dolor. La infamia la ponderaba ya Cicerón con estas cuatro palabras, que valen por un discurso: *Servitutis extremum summumque supplicium*. Es la crucifixión, dice, «el último y su mo suplicio de los esclavos», y añade, que no hay vocablos para describir el ultraje que se hacía a un ciudadano romano crucificándole. De aquí que sólo se aplicase ese ignominioso tormento a los bandoleros, traidores, ladrones, sediciosos y a los esclavos reos de enormes crímenes. A causa de la infamia aneja a este castigo infamante, la crucifixión llevaba consigo la deshonra de la familia del ajusticiado, y entre los hebreos la maldición de Jehová sobre el infortunado. *Es maldito—dice Moisés—aqueel que penda del madero*. Por eso escribe San Pablo a los Gálatas—*que Cristo se hizo maldito o la misma maldición, porque estuvo colgado en la cruz por nosotros*. Esta es también la razón por la cual los israelitas miraban a la cruz de Jesús como piedra de escándalo, y los gentiles como una necesidad. El dolor que causaba la crucifixión era indecible; el orador romano le encarece por estos dos superlativos: «Horribilísimo y atrozísimo suplicio». No obstante esto, solían vivir los crucificados hasta doce horas y, a veces, días enteros. En ese tiempo las llagas se inflamaban, la sangre congestionaba la cabeza, los pulmones y el corazón, inchábanse las venas, y la extrema rigidez de todos los miembros, ocasionada por la violenta posición del cuerpo, les producía tal desasosiego, que morían entre horribles dolores. A esto hay que añadir la ardiente sed que traía consigo la fiebre; sin olvidar tampoco la molestia de las moscas muy abundantes en oriente. Pues bien, todo esto, aumentado por la exquisita sensibilidad de su cuerpo, sufrió Jesucristo, el Hijo de Dios, nuestro Redentor. ¡Qué punto de meditación ofrece esto a las almas verdaderamente cristianas!

No dejéis de visitar la exposición de la gran Sastrería de Enrique Jiménez Vaquero

Precios sin competencia. Inmenso surtido Reyes Católicos, 40.-Teléfono 31

Hijos de Enrique Redondo Pañería y Lanería
Inmenso surtido en paños para caballeros. Siempre últimas novedades.

PRECIOS SIN COMPETENCIA TOMAS PEREZ, 4

SENEN MARTIN
Librería y objetos de escritorio, artículos con recuerdo de Avila y de Santa Teresa Plaza de la República núm. 1

HOTEL INGLESES
DIRECCIÓN: TOMÉ
Plaza de la Catedral, 4. -:- -:- Teléfono 5

ALMACENES ARTURO GONZALEZ
Novedades en géneros de punto de señoras y niños. Altas fantasías en camisería.
Reyes Católicos, 10 y 12

JUSTO VILLARES
Francisco Lobo
Droguería y Perfumería
Reyes Católicos, 35

